

la empresa y harto se comprenden el provecho y la gloria que de ello nos resultarían. Si somos vencidos, si las fustas de Aga Mahamud echan á pique nuestra nave ¿qué le hemos de hacer? Morir tenemos, como dicen los cartujos, y lo mismo es hoy que mañana. Yo aquí, como apoderado comercial de los señores Adorno y Salvago, sólo debo mirar por sus intereses. Y para disipar escrúpulos diré que aunque esta nave se hunda en la mar con toda la riqueza que contiene, si se hunde con gloria y con la conveniente y debida resonancia, los señores Adorno y Salvago saldrán ganando y no perdiendo. Esto lo calculamos muy bien antes de zarpar de Lisboa y por eso se dió el mando militar de la nave á tan atrevido sujeto como el señor Miguel de Zuheros que está presente. Si á nosotros nos hacen trizas y si descendemos al fondo del mar á que los peces nos devoren, los señores Adorno y Salvago se afligirán ó supondrán que se afligen, pero ya tienen echadas sus cuentas y hechos sus cálculos y sabrán poner alto precio á nuestro heroísmo, impetrandó de Su Alteza Fidelísima honores, mercedes y privilegios muy provechosos. Con que haga el señor Miguel de Zuheros lo que mejor le convenga, y atrévase á todo, que por nosotros no ha de quedar.

En vista de tan unánime concordancia de pareceres, Morsamor dispuso que se navegase ha-

cia Chaul, y así lo hizo Fréitas, con todo el cauteloso esmero que convenia para esquivar el encuentro de superiores fuerzas contrarias y para acudir en la más oportuna sazón á dar á los amigos inesperado socorro.

## XVII

Al amanecer de un día del mes de Septiembre, la nave de Morsamor se hallaba á la vista de Chaul, muy cerca de la costa. Densísima niebla quitaba su transparencia al aire y extendida sobre la superficie del mar, ofuscaba la vista.

Morsamor y los suyos creyeron oír frecuentes estampidos como de disparos de bombardas, y hasta imaginaron columbrar el resplandor siniestro que á los estampidos precedía. Sin temor, no obstante, aunque sí con extraordinarias precauciones, se fueron acercando hacia donde sonaban los disparos. No soplabá el viento muy en su favor, pero el piloto Fréitas y sus ágiles marineros le dominaban y aprovechaban con diestras maniobras.

A pesar de la niebla, descubrieron de repente un esquife que se recataba de ellos y procuraba huir. Echaron entonces al agua el de la nave, en el que izaron la bandera portuguesa, y á todo remo dieron caza y alcanzaron al que huía. Los que le tripulaban, no bien distinguieron la ban-

dera de Portugal, trocaron su recelo en alegría y se pusieron al habla con los de la nave. Pronto el que mandaba el esquife fugitivo subió á bordo de la nave y llegó á la presencia de Morsamor. Interrogado por él el del esquife fugitivo habló de este modo:

—Yo, que me llamo Antonio Vaz, y los que vienen conmigo, formábamos parte de la tripulación de la galera que mandaba Diego Fernández y que había ido á ponerse á la entrada del estero para impedir que las fustas de Aga Mahamud penetrasen en él y fuesen á combatir la fortaleza, ya desde el agua, disparando bombardas, arcabuces y flechas, ya desembarcando gente á fin de tomarla por asalto, con el auxilio de los hombres de armas que Hamet, grande enemigo de los portugueses y dominador hoy en Chaul, ha enviado contra nosotros. Atacada nuestra galera por cinco fustas de Aga Mahamud había perdido mucha gente. Apenas quedaba esperanza de salvación. La chusma de forzados, moros y gentiles, que estaba al remo empezó á rebelarse, gritando en su lengua á los de las fustas que se acercasen sin temor, que ya poca resistencia hallarían y que ellos procurarían ayudarlos y salvarse. Entendió el capitán Diego Fernández las palabras y el traidor propósito de los forzados y cayendo sobre ellos, porque el cómitre había muerto atravesado por una flecha, mató con

su espada á cinco de los más rebeldes y furiosos. Por desgracia una gruesa bala de bombardas vino á chocar contra el hierro del ancla que estaba allí cerca suspendida, y saltando de rebote, dió tan tremendo golpe en la armadura de acero de Diego Fernández que se la hizo pedazos, hundiéndole en el pecho algunos de sus punzantes y afilados picos. Diego Fernández perdió la vida en el acto. A reemplazarle en el mando acudió oportunamente don Jorge de Meneses. Con él habían venido de refresco cerca de cuarenta soldados que estaban antes en otro navío. Para que no desmayasen y se acobardasen á la vista del capitán muerto, don Jorge nos mandó que le envolviésemos en la manta de un forzado y que le escondiésemos en el fondo del buque. Así lo hicimos al punto. La fortaleza entre tanto nos pareció asaltada por la gente de la ciudad que Hamet había enviado contra ella. Quiso entonces don Jorge dar á la fortaleza algún auxilio, me consideró más capaz que nadie para tan arriesgada empresa, recibí sus órdenes y lancé al agua el esquife en que me habéis visto venir. Dos fustas y algunos pequeños bateles de Aga Mahamud me cerraron el paso y me impidieron saltar en tierra. No pude tampoco volver á la galera, porque se interpusieron persiguiéndome. De ellos venía huyendo cuando me habéis encontrado.

Oida esta relación de Antonio Vaz, Morsamor le animó y le tomó por guía para que le llevase hacia donde estaban las dos fustas y los pequeños bateles que le habían perseguido.

Con gran rapidez, en silencio, arriada la bandera, y hasta cierto punto oculta por la neblina, la nave de Morsamor cayó de repente sobre las dos fustas, que se habían apartado del grueso de la flota persiguiendo al pequeño esquife, y echó á pique una de ellas con certeros tiros de su artillería, que dirigía Tiburcio con tino verdaderamente diabólico. Pasmados los de la otra fusta y aterrorizados del imprevisto ataque, no acertaron á huir ni á poner resistencia. La nave se acercó á la fusta y la gente de Morsamor la entró al abordaje, pasando á cuchillo á cuantos había en ella. Tiburcio tomó entonces el mando de la fusta apresada.

Morsamor y Tiburcio se apresuraron luego á llegar donde combatían la galera de don Jorge y el grueso de la flota portuguesa contra las fustas de Aga Mahamud, en las cuales hizo Morsamor tremendo estrago con la artillería y arcabuceria de su nave, cooperando eficazmente á la victoria una audaz estratagemá de Tiburcio, porque desordenó las fustas de Aga Mahamud penetrando en sus filas como si su fusta fuese aún una de ellas y no hubiese pasado á poder del enemigo.

En suma, las fustas de Aga Mahamud tuvieron que retirarse todas con grandísima pérdida y quebranto, y don Jorge á hora de medio día hizo resonar las trompetas y clarines en señal de victoria, si bien no se resolvió á perseguir la armada de los infieles.

La situación en que estaba la fortaleza le atraía antes que todo. Era menester libertarla de los sitiadores que Hamet había mandado contra ella. Y como ya no había que hacer cara á las fustas de Aga Mahamud, los más aptos y valerosos de los hombres que tripulaban la flota portuguesa desembarcaron no lejos del castillo que sólo defendían sesenta hombres, los cuales, de acuerdo con los desembarcados, á quienes desde las almenas y saetías vieron llegar, hicieron á tiempo una salida muy vigorosa, cayendo sobre los sitiadores á quienes los desembarcados atacaron por el flanco y por la espalda. Al frente de una tropa de más de cuarenta, entre los que se distinguían Tiburcio dando cuchilladas y Fray Juan de Santarén animando á los combatientes con oraciones fervorosas, Morsamor hizo atroz carnicería en los musulmanes y gentiles de Chaul, que pronto abandonaron el campo y huyeron despavoridos refugiándose en la ciudad.

Para aterrar á Hamet y á los que en la ciudad le obedecían, don Jorge de Meneses les envió un presente horrible: cincuenta cabezas de los que

habían muerto atacando la fortaleza y rechazados por él. Amilanado Hamet y temiendo el incendio y saco de la ciudad y muertes innumerables si era entrada por asalto, pidió la paz, capituló, y dejó entrar á los portugueses que de la ciudad se enseñorearon.

Morsamor, cuyo inesperado auxilio había sido parte tan principal en la victoria, gozó del triunfo á par de don Jorge, siendo vitoreado y ensalzado por los de la hueste.

El contento de los vencedores llegó á su colmo cuando pudieron apoderarse, como tributo, de parte de las riquezas allí reunidas y repartírselas entre todos. Morsamor, persistiendo en su propósito, no dejó de tomar veinte hermosos caballos ricamente enjaezados, para llevárselos de presente á don Duarte, cuando se presentase ante él en Goa, como pensaba hacerlo, con la noticia de aquel triunfo.

### XVIII

Pronto llegó al puerto de Goa la nave de Morsamor: éste y Tiburcio, muy orondos y satisfechos de la gloria militar que habían adquirido; el piloto Fréitas no menos pagado del aumento de su crédito como hábil navegante, y contento el señor Vandenpeereboom de las compras y ventas que iba haciendo y que pensaba

hacer, aprovechándose de los triunfos y sin perder las buenas ocasiones.

Don Duarte de Meneses recibió con grande aprecio al aventurero castellano que tan bien le había servido y aceptó gustoso el rico obsequio de los veinte hermosos caballos,

Por aquellos días todo era júbilo en Goa, porque de Ormuz llegaron también muy buenas nuevas. Amedrentado el rey rebelde, había entrado en tratos con los portugueses para entregarles la plaza, pero su visir, que era un *rumi* ó griego renegado, se puso de acuerdo con la princesa hija del monarca que había reinado allí en tiempo del grande Alburquerque. El *rumi* la tomó por mujer ó por amiga y movido por la ambición y excitado por la princesa, asesinó al rey y se apoderó en lugar suyo de aquellos Estados. Los portugueses entonces lucharon contra el usurpador, lograron vencerle y entraron en Ormuz á saco, apoderándose de un botín espléndido.

Poco después de llegar á Goa la nueva de la victoria de Chaul, llegó también la nueva de esta victoria.

Goa resplandecía entonces en su mayor auge como centro y capital del imperio lusitano en Oriente; imperio que se extendía desde Sofala á Malaca, por todas las costas del Océano Indico y del Golfo de Bengala, y dilatándose además

por muchas islas del mar del Sur, como Ceilán, Sumatra, Java y las Molucas, donde el rey de Portugal había levantado fortalezas é imponía tributos.

A Goa acudían agentes ó enviados de muchos soberanos á negociar alianzas y á mendigar el favor y el auxilio del virrey. Los rajas de Cambaya y de Narsinga, el samori, los príncipes y sultanes de Aracan, de Bengala y del Pegu, y hasta el propio shah de Persia, anhelaban la amistad de los portugueses, les enviaban presentes ó les rendían parias.

Los portugueses, sin embargo, no penetraban por punto alguno en lo interior de las tierras y sólo de la mar eran señores. Carecían de fuerzas suficientes para hacer incursiones y conquistas en lo interior de aquellos dilatados países, que seguían para ellos, no sólo independientes, sino casi desconocidos. Los príncipes y señores orientales, cuando la victoria encumbraba á los portugueses, se postraban ante ellos y se les sometían medrosos; pero la sumisión era insegura y falsa. De aquí que el imperio portugués en la India fuese más brillante que sólido. Era como árbol frondoso, rico en flores y frutos, cuyas raíces no penetraban hondo en la tierra y que el ímpetu de los vientos podía sacar fácilmente de cuajo. Era como la estatua simbólica, que Nabucodónosor vió en sueños, con la cabeza de

oro y los pies de barro y que una piedrecilla, que de improviso rodó de la montaña, desmenuzó y redujo á polvo.

Morsamor aplicaba á veces al imperio portugués la visión de este sueño y algo de la interpretación que el profeta Daniel le había dado.

Los portugueses, con terrible heroísmo, habían hecho y seguían haciendo *más de lo que prometía fuerza humana*. Espléndidas páginas habían de dar aún para su historia virreyes tan ilustres como don Juan de Castro y don Luis de Ataíde; pero la piedrecilla había de sobrevenir derribando por último el coloso y engrandeciéndose luego como ingente montaña que sobre firme y arraigado cimiento se erguiría sobre la tierra y la dominaría.

Morsamor se desalentaba al pensar así, no veía plan ni concierto en todas aquellas bazarrias, ni acertaba á traslucir que pudieran tener fin dichoso. Sólo veía horrores, estragos y muertes, y volvía á arrepentirse de haberse remozado y de haber huido del convento. Imputaba luego aquel arrepentimiento suyo á cansancio y á flaqueza de ánimo. Y entonces renacía en él el ansia de señalarse y de probar su valor, volviendo á lanzarse en las más peligrosas aventuras.

Las buenas ocasiones no habían de faltarle. La primera que se le ofreció fué la de ir á la grande y hermosa isla, donde se crían la canela

y el clavo y abundan las perlas en el mar que la ciñe. Los antiguos griegos y romanos la llamaron Trapobana, Lanca los indios, los árabes Serendib, y por último se llamó Ceilán. En sus costas habían fundado los portugueses varios fuertes y factorías, desde donde procuraban dominar toda la isla. Reinaba en ella, sobre la raza indómita y guerrera de los singaleses, un rey tan valiente como astuto llamado Rayasinga. Lejos del alcance del poder portugués estaba la capital y residencia de este rey á donde sólo podía llegarse salvando enriscadas montañas á través de peligrosos desfiladeros.

Imaginaban los portugueses que aquel reino había sido cristiano en lo antiguo, gracias á las predicaciones del apóstol Santo Tomás que hasta él había llegado, pero imaginaban también que el cristianismo de los singaleses se había pervertido y maleado con el trascurso del tiempo, turbando la pureza de su doctrina mil absurdas supersticiones. La verdad era que lo que creían los portugueses cristianismo viciado era la religión fundada por Sidarta, príncipe de las sakias de Kapilabastu, y predicada en Ceilán algunos siglos antes de Cristo. La moral de esta religión no podía ser más santa ni más hermosa, pero su metafísica era errónea y desconsoladora. En el amor y en la compasión por el infeliz linaje humano, sin distinción de castas ni de jerar-

quias, estribaba aquella moral, pero no tenía un Dios misericordioso. Su Dios, si tal podía llamarse, era el sér único, infinito é indeterminado en quien todo cuanto es y en quien todo cuanto puede ser se contiene. El término de la aspiración, la suprema bienaventuranza de religión tan extraña era romper el límite que nos separa del todo, y perdiendo tal vez la conciencia individual, hundirnos en la inmensidad de la sustancia única, acabada ya la serie de transmigraciones del alma y gozando de inefable reposo. A tales dogmas, sin embargo, el amor y la compasión prestaban como ya hemos dicho, una moral muy pura.

Entre la teoría y la práctica hay á menudo gran contradicción y no era pequeña la del caso de que hablamos. El piadoso rey Rayasinga, con la aprobación acaso ó con la indulgencia al menos del gran sacerdote Sumangala, había destronado á un hermano suyo, que andaba foragido, y había envenenado á otro de sus hermanos, reinando así en lugar de los dos y dando unidad á su reino. Para darle también completa independencia y gloria combatía con frecuencia á los portugueses. Estos combates, sangrientos y obstinados, eran estériles siempre. Ni Rayasinga lograba apoderarse de ningún fuerte de los portugueses, ni éstos, salvando las montañas y atravesando los desfiladeros, llegaban á asediar la capital de Rayasinga.

Poniéndose á las órdenes de Juan Silveira, que mandaba en Cananor, Miguel de Zuheros fué á Ceilán á combatir y á escarmentar al mencionado rey; en varios encuentros que tuvo con sus huestes alcanzó siempre la victoria y contribuyó no poco á que cansados de luchar por una y otra parte, se sentasen paces de nuevo.

Morsamor pasó luego á Sumatra y tomó parte en otra expedición guerrera contra el monarca de Pacen, que los portugueses consideraban intruso y á quien destronaron dando su trono y reino á un sobrino suyo que había ganado el favor y auxilio de los portugueses declarándose vasallo del rey don Manuel.

Alentado con esta conquista del reino de Pacen, en la que tuvo no pequeña parte, Morsamor se puso á las órdenes de Jorge Brito y fué con él á una expedición contra el rey de Achin, cuyos súbditos, inquietos y belicosos, infestaban con sus piraterías aquellos mares.

En balde reclamó Jorge Brito del rey de Achin la entrega de mercancías, de armas y hasta de portugueses cautivos, de que se había apoderado por sorpresa ó aprovechándose del naufragio de dos buques de Portugal en aquellas costas. Esto dió motivo ó pretexto á Jorge Brito para romper las hostilidades, empeñándose imprudentemente en empresa muy peligrosa. En dos fustas y con menos de trescientos hombres

de desembarco navegó contra la corriente del río hacia la capital de los achineses. Casi á la mitad del camino tenían éstos una fortaleza, donde había bastantes arcabuceros y algunas bombardas, cuyos disparos impidieron á las fustas seguir adelante y mataron á cuatro de los hombres que las tripulaban.

Ansioso Jorge Brito de tomar venganza desembarcó con sus trescientos soldados, entre los cuales había no pocos ilustres y valerosos caballeros de la corte del rey don Manuel. Morsamor estaba entre ellos.

Muy reñidos y sangrientos fueron el ataque y la defensa del fuerte de los achineses, los cuales hicieron vigorosas salidas. En una de ellas estuvieron á punto de desordenar y derrotar por completo la hueste lusitana, merced á una inesperada estratagema de que se valieron, lanzando contra los portugueses una manada de búfalos que tenían acorralados.

Los portugueses, no obstante, iban ya triunfando de todo. Los sitiados, casi en fuga, se retiraban al fuerte, y ya Jorge Brito y Morsamor tenían la esperanza de tomarle por asalto cuando el propio rey de Achin llegó en defensa del fuerte con más de dos mil infantes, con algunos caballos y con seis elefantes poderosos adiestrados para la lucha, defendidos por muy firmes corazas y dirigidos por cornacas hábiles

y denodados. Los portugueses estaban todos á pie. Casi envueltos por tan superiores fuerzas enemigas, retrocedieron con espanto hacia la orilla del río. Sólo reembarcándose podían lograr ya salvar las vidas, mas para reembarcarse era menester, no sólo hacer cara al enemigo, sino tenerle á cierta distancia durante algún tiempo.

Los valientes caballeros que de esto se encargaron hicieron prodigios apenas creibles. En aquel trance murieron más de cincuenta portugueses, no pocos de ilustre familia y entre ellos el mismo Jorge Brito capitán de la hueste, y los cinco músicos que siempre llevaba consigo, porque gustaba en extremo de que le exaltasen y animasen en el combate cantando y tocando instrumentos sonoros.

La muerte que amedrentó más á los portugueses fué la de Gaspar Fernández. El elefante más gigantesco le cogió con la trompa, le tiró por el aire, y no bien cayó al suelo, le acabó de matar estrujándole el pecho y rompiéndole el cráneo con sus gruesas patas delanteras.

Morsamor quiso vengar á aquel compañero de armas, que tal vez era el que más estimaba y quería. Acometió por un lado al elefante y logró derribar á su cornac hiriéndole de una estocada. El elefante se revolvió contra Morsamor y le asió también con la trompa. La espada se le cayó á Morsamor de la diestra; pero, con la rapidez

del rayo, y sin dar tiempo á que el elefante le lanzase ó le ahogase apretando, le agarró con la mano izquierda de una oreja, y desenvainando con la otra mano el acicalado puñal, que llevaba al cinto, le hundió hasta el puño en la cerviz de aquella fiera, con tino tan eficaz que en el acto perdió la vida cayendo con estruendo por tierra su espantosa mole. Morsamor cayó también, pero cauto y ligero, no cayó debajo sino encima de su víctima.

Aunque Morsamor se levantó con rapidez, allí hubiera muerto, circundado de muchos enemigos, si los de la hueste portuguesa, maravillados y reanimados al ver su hazaña, no hubieran acudido en su auxilio. Aquella hazaña de Morsamor contuvo el ímpetu de las gentes del rey de Achin y prestó bríos y dió tiempo á los portugueses para que se reembarcasen, si bien con lamentable pérdida, no completamente derrotados.

## XIX

De vuelta Morsamor á Goa para reposar sobre sus laureles, se complació en ver cundir su fama y crecer el número de sus admiradores, convertidos muchos de ellos en parciales devotos. La emulación y la envidia hacían que también sus enemigos se aumentasen. Y á todo contribuía



en gran manera Tiburcio de Simahonda que, menos retraído y mucho más expansivo que Morsamor, se mostraba por donde quiera y trataba toda clase de gente. Tiburcio, como en Lisboa, sabía ganar amigos en la India, pero su buena fortuna con las mujeres y en el juego le creaba muchos envidiosos. Menester era de toda la prudencia y tino de Morsamor, para evitar riñas entre dichos envidiosos y los del bando que sin pretenderlo él querían seguirle y cuyo aparente adalid era Tiburcio. Los más desalmados aventureros y los menos favorecidos de la suerte, acudían á Tiburcio, esperando por su medio ganarse la voluntad de Morsamor y embelesados por lo pronto por el alegre carácter, burlas y chistes de aquel doncel atrevido.

Francisco Pereira Pestana, gobernador de Goa, recelaba de continuo que la rivalidad entre la gente que acaudillaba Tiburcio y los que le envidiaban y odiaban originase desórdenes sangrientos. El más vivo deseo del gobernador se cifraba en que Miguel de Zuheros y Tiburcio abandonasen la ciudad llevando consigo á los más turbulentos aventureros y acometiendo alguna arriesgada empresa de la que tal vez sería lo mejor que nunca volviesen.

Aunque movido Morsamor de sentimientos contrarios, coincidía con el gobernador en hallar difícil y enojosa su posición en Goa, ansiando

salir de allí en busca de aventuras, con toda independencia de Portugal y campando por su respeto.

En tal situación de ánimo y después de aconsejar á Tiburcio que fuese circunspecto y sufrido á fin de vivir en paz, Morsamor le manifestó el ansia que tenía de salir de Goa y de buscar honra y provecho por nuevos y no trillados caminos.

Poco tiempo después de esta confidencia de Morsamor, Tiburcio, que al principio se había callado, hubo de hacerle el siguiente razonamiento:

—He meditado sobre lo que te trae caviloso y que días pasados me confiaste. He hecho más: he gustado de tu propósito y he empezado á abrir el camino para que se logre. Para nosotros siempre será aquí el peligro mayor que la gloria. Debemos, pues, salir de aquí. Fuera de aquí el peligro podrá ser grandísimo, pero la gloria estará en proporción y será también grande. Para que me entiendas bien te diré el concepto que formo yo de la tierra en que ahora estamos y de la gente que la habita. Mi trato con ella y mi facilidad para entender su idioma, hacen que yo lo comprenda todo con más claridad y exactitud que los portugueses.

Lleno de curiosidad Morsamor, prestó grande atención á Tiburcio que continuó diciendo:

—Hay en la India muchas y muy diversas naciones, castas, lenguas y tribus, pero desde hace más de tres mil años, existe en la India una casta predominante, que se enseñoreó de todo y que supo conservar el imperio por fuerza, por astucia y por sabiduría. Mucho antes de que floreciesen Atenas y Roma, mucho antes de que Salomón é Hirán enviasen sus flotas á Ofir y de que los fenicios fundasen á Cádiz, bajó del montañoso centro del Asia á las fértiles llanuras que riegan el Indo y el Ganges, un pueblo nobilísimo é inteligente, valientes guerreros los más y algunos de ellos inspirados y divinos poetas, que los guiaban y entusiasmaban. Este pueblo de superior condición redujo á su obediencia y mandado á los otros pueblos que en la India vivían. Y de allí en adelante, los guerreros del pueblo conquistador fueron los reyes y los nobles de la India, y sus poetas ó *richis*, convertidos en sacerdotes, sabios y filósofos, no sólo prevalecieron sobre las naciones conquistadas, sino también sobre los reyes y los nobles que las habían sometido. La primitiva y sencilla religión que los *richis* habían formulado en sus himnos vino á convertirse en complicadísimo sistema y en sutil teología, cuyos intérpretes y depositarios fueron los descendientes de los *richis* á quienes en el día llamamos brahmanes. Estos han conservado su poder, sobreponiéndose durante siglos á

interiores rebeldías y á conquistas é invasiones extrañas. Amenazado se halla hoy este poder por los portugueses, pero sólo en el litoral. Los sectarios de Mahoma son quienes tierra adentro le combaten. ¿Por qué no hemos de ir nosotros tierra adentro á promover la rebelión de los brahmanes y á darles auxilio contra los musulimes?

—¿Qué ganaría yo con eso, interpuso Morsamor, ó para mí, ó para la nación á que pertenezco, ó para la religión que sigo, aunque pecador y fraile escapado de su convento?

—Ganarías mucho, replicó Tiburcio. En primer lugar, combatirías el islamismo y quebrantarías por aquí el imperio de turcos y de moros, que han sido hasta ahora los mayores enemigos de nuestra católica España. Y en segundo lugar, sólo Dios sabe hasta qué extremo de ventura, hasta qué dichoso y espantable éxito pudieras llegar con tu audacia. Si consiguieses dar aliento y ayuda á los brahmanes, vencer con ellos el Islán y restablecer en toda su amplitud el influjo y el imperio de casta tan inteligente, no lo dudes, los brahmanes agradecidos, te reconocerían por nuevo y resplandeciente *avatar* y harían que por tan alto carácter, todos los indios te reverenciasen y temiesen. Así acaso podrías tú más tarde, con habilidad y prudencia, convertir á la religión cristiana á los que fuesen súbditos tuyos y crear el reino del Preste Juan, que

tal vez no existió nunca sino en la fantasía de los europeos, ó renovarle con mayor esplendor y gloria, dado que existiese en el centro del Asia antes de que Temugin le destruyera, como sienten algunos autores. Setenta y dos reyes rendían homenaje, feudo, obediencia y tributo al antiguo Preste Juan, real ó soñado. ¿Por qué habías tú de ser menos y no tener á tu servicio otros setenta y dos reyes?

—Todo eso estará muy bien, dijo Morsamor. Aunque parezca fantástico é inasequible, yo me siento capaz de todo. Pero, ¿dónde están los brahmanes que quieran sublevarse y sacudir el yugo del Islán?

—A eso voy, contestó Tiburcio. Lo dicho hasta aquí es mero preámbulo antes de entrar en materia. Me han hecho proposiciones para tí y vengo á comunicártelas. Así como en España, cuando se hundió el Califato de Córdoba, surgió de sus ruinas multitud de Estadillos, donde alzaron sus tronos no pocos régulos, aquí también se han formado reinos musulmanes diversos, que se sostienen aún, á pesar de las sucesivas y pasajeras invasiones de los mongoles y á pesar de la malquerencia de los sectarios de Brahma que nó han sabido sacudir el yugo extraño. Ahora al cabo tienen el propósito de sacudirle. En la ciudad santa de la India, foco ardiente y luminoso de su religión y centro de

su antiquísima cultura, abrigan tan gran propósito. Conspiran para lograrle los brahmanes más ilustres y algunos *chatrias* de generoso carácter y de regia extirpe. No cuentan bastante con el pueblo, ni confían en él considerándole enervado por siglos de esclavitud y porque además el pueblo no combatiría para ser libre, sino para sacudir un yugo y someterse á otro yugo. Los brahmanes esperan con todo que el pueblo combata en favor de ellos, impulsado por el fanatismo religioso que procuran infundirle. Mas al principio y para dar el primer golpe, necesitan de un núcleo, aunque pequeño muy firme, de varones esforzados, de héroes verdaderos, capaces de exponer la vida en los lances más terribles y de realizar prodigios de sobrehumana osadía. El núcleo de que hablo sólo puedes formarle tú ó por mejor decir, le tienes ya formado con más de doscientos aventureros que hay en Goa dispuestos á seguirte á donde quiera que los guies. La fama ha llevado todo esto hasta la gran ciudad de Benarés. El jefe supremo de los brahmanes, el sublime y venerando Balarán, alma de la conjuración, sabe lo que vales y solicita misteriosa y recatadamente tu auxilio. Para alcanzarle ha venido á Goa en tu busca el sabio brahman Narada; confidente de Balarán, que ha hablado ya conmigo y que pide audiencia para hablarte. Narada, que sabe muchísimas cosas, sabe tam-

bién las lenguas latina é italiana y podrá entenderse perfectamente contigo. ¿Quieres oírle y tratar con él de tan importante negocio?

Exaltada la ambición de Morsamor con lo que Tiburcio acababa de revelarle, se prestó á recibir y á oír á Narada y le aguardó con impaciencia.

Guiado por Tiburcio é introducido en la estancia de Morsamor, no tardó en aparecer ante sus ojos el sabio Narada bajo el desarrapado traje de fakir ó penitente vagabundo, á través de cuyo desaliño y de cuyos miserables harapos, resplandecían la majestad del noble é inteligente anciano, la despejada tersura de su frente y la limpia nitidez de su blanca y luenga barba.

Lo que dijo Narada á Morsamor merece capítulo aparte.

## XX

—El brillo de tu gloria, dijo Narada, ha llegado hasta nuestra santa ciudad y ha penetrado en nuestros corazones cual rayo de esperanza. Yo vengo á buscarte para que la esperanza se logre. No; tú no eres para nosotros un ser humano inferior y de distinta raza. Sin duda eres puro y legítimo descendiente de egregios hermanos nuestros que, en edad remota, emigraron hasta las últimas regiones de Occidente desde la verde

falda del Paropamisio. Tu pensamiento y tu creencia coinciden en el fondo con lo que nosotros pensamos y creemos: son radicalmente iguales: flores de la misma planta, frutos del mismo árbol. Ideas análogas nacidas en espíritus de idéntica condición y alta nobleza. No es nuestro Dios como el de los musulimes, déspota caprichoso y cruel, gobernando á los hombres, allá en su distante y cerrado cielo, como sultán que se esconde á los ojos de la vil muchedumbre de sus esclavos, y desde su encumbrado alcázar con vara de hierro los domina. Nuestro Dios está con nosotros y en nosotros. Presente por donde quiera, lo llena y lo penetra todo y más que todo nuestras almas. El alma enamorada que le busca, le halla y le goza en esta vida mortal. Para nosotros el hombre es divino, porque nuestro Dios es humano. No pocas veces ha tomado nuestro Dios ser y forma de hombre en el seno dichoso de una mujer escogida. Nuestros héroes son *avatares* ó encarnaciones de Vishnú. Crishna es el más glorioso de ellos y al que más devotamente adoramos. Libertador y redentor de las almas, las atrae, las enamora y con su hermosura las cautiva. Bello pastor apacienta su rebaño en la fértil orilla de un río de aguas limpias y claras y al melodioso són de su flauta danzan en torno suyo las *gopíes*, las *apsaras* y hasta Sarasvati y las otras diosas inmortales, humanadas y converti-

das por él en lindas zagalas. Tal es Crishna en la tierra, como genio de paz y de amor, pero el acento blando de su flauta se trueca en el medroso resonar del clarín guerrero cuando su paciencia se agota, se despierta en su corazón la ira y se resuelve á librarnos del tirano Cansia. Terror de muerte invade y hiela entonces el ánimo de sus enemigos. Así es Crishna en la tierra, como hombre y viviendo vida mortal. En su ilimitada y superior existencia, dominador Crishna de los tres mundos, dirige al són de su música el eterno giro de las esferas celestes que en arrebatada consonancia producen el perpetuo cambio de luz y tinieblas, en día y en noche, de alternadas estaciones durante el año, y en ingentes períodos de siglos desde el renacer del universo hasta su caída, extinción y reposo en el seno de Brahma. Crishna nos protege, Crishna nos anuncia venturoso éxito, nos declara que la ocasión es propicia, y nos manda que acudamos á tí é impetremos tu auxilio para sacudir el yugo de los musulimes. Dos años ha, Babur, emperador de los mongoles, se apoderó de Lahor desde donde amenazaba conquistar con rapidez toda la India; pero Babur ha tenido que abandonar á Lahor para vencer á los rebeldes que pugnan por desbaratar todo su imperio. Bactra, Kiva, Bokara, y hasta su misma capital Samarcanda se han levantado contra él. Sus enemigos se conju-

ran en su daño por todas las fronteras de sus extensos dominios: los chinos por el Oriente y por el Occidente los turcos, poderosísimos en el día y contra los cuales luchan con corta eficacia las naciones europeas, enflaquecidas por constantes rivalidades y empeñadas hoy en largas guerras religiosas y políticas. Así el turco, aliviado del temor que esas naciones debieran inspirarle, puede hacer cara á Babur y á sus mongoles. Contra ellos se levantan además, los persas y los pueblos guerreros del Cáucaso, las gentes de Georgia, de Circasia y de Armenia, y más al Norte, otro pueblo belicoso recién salido de la barbarie, que vive en las regiones boreales, límites entre Asia y Europa, y que después de vencer y de humillar la Horda de oro penetra en Asia anhelando predominios y conquistas. La ocasión como he dicho es hoy más propicia que nunca. Para no perderla anhelamos tu auxilio. ¿Nos le concedes?

—Dime cual es vuestro plan: —respondió Morsamor.

—En Benarés, replicó Narada, reina hoy el tirano mulsulmán Abdul ben Hixen. Si le destronamos y si logramos enseñorearnos de aquella ciudad, centro de la cultura y de la religión brahmánicas, no será difícil promover la sublevación contra los demás príncipes musulimes y crear un Estado independiente y único, en que prevalez-

can é imperen los adoradores de Vishnú y de Crishna, desde los lagos de Cachemira y las nevadas cumbres del Himalaya hasta el Kersoneso de oro y hasta el enriscado promontorio donde se levanta el templo de la diosa virgen Kumari. Así tal vez podamos fortalecernos y oponer eficaz resistencia á Babur, si por desgracia reconstituye su imperio y vuelve sobre la India para conquistarla y asolarla como hace más de un siglo hizo su espantoso antecesor Tamerlán ó Timur.

—Tu proyecto me parece excelente,—dijo Morsamor,—pero su realización harlo difícil.

Narada entró luego en pormenores á fin de exponer y de explicar los medios con que contaba y las probabilidades de buen éxito.

El ambicioso Morsamor se dejó convencer al cabo.

Narada y otros importantes personajes que habían venido con él disfrazados de fakires, debían servir de guía á Morsamor y á su hueste, compuesta de trescientos aguerridos y audaces aventureros. Irian éstos en la expedición, no sólo impulsados por la esperanza de botín riquísimo, sino con grandes pagas, de que habían de cobrar por adelantado las de seis meses. Para esto, para otros gastos de la expedición y para excitar también la codicia y el celo de Morsamor, Narada entregó á éste no corta cantidad

de rupias de oro y además, en un pequeño saco de cuero, diamantes de Golconda y perlas y rubíes de Ceilán, por cualquiera de los cuales había en Goa joyeros que darían considerables sumas.

Tiburcio, bajo la inspección y dirección de Morsamor eligió á la gente de leva, hizo el ajuste y enganche y con el mayor secreto lo dispuso todo para la partida.

## XXI

Goa era en aquella edad la Sibaris del Oriente, centro de lujo, regalo y lascivia, donde los vencedores de Adamastor y de todos los genios del Mar Tenebroso recibían el galardón de sus estupendas victorias. En Goa, sin duda, hubo más tarde de inspirarse Camoens para imaginar aquella deliciosa y encantada isla que Venus hizo surgir del fondo del Océano, cubriéndola de amenos jardines, de fragantes selvas y de limpios y tranquilos lagos y poblándola de hermosísimas ninfas que, heridas todas por las ardientes flechas de un ejército de Amores, brindasen mil deleites á los felices héroes de su poema y se rindiesen á su talante y deseo. La riqueza y el esplendor de Goa habían atraído á su seno alegres y lindas mujeres de diversos y distintos países: almeas de Egipto; cortesanas.